

Yo había sido el primero, pero ya no era el único.

Como pueden suponer, la presencia de aquel intruso y la acogida que le dio la familia Adams me afectaron mucho.

Luego, con el tiempo, me he acostumbrado a convivir con otros libros, y conservo un buen recuerdo de algunos de ellos. Pero reconozco que mi primera impresión de *La voz de las campanas* fue desfavorable. El sobresalto que tuve al verlo me hizo vacilar un poco, y el gato de loza estuvo a punto de caer al suelo y hacerse añicos.

El pequeño Ned fue el único que se dio cuenta.

—¡Qué raro! —exclamó—. Me ha parecido que ese gato se movía.

—Eso es que ha olido el rosbif —bromeó uno de los gemelos.

Terminada la cena, John Adams empezó a leer el nuevo libro.

Al principio no presté atención. Luego, la historia comenzó a interesarme y la escuché a ratos. Cada libro tiene sus manías, y suelen gustarnos los libros que se nos parecen. Pero el problema de *La voz de las campanas*, para mí, es que se me parece demasiado, cosa bastante lógica, si se tiene en cuenta que Dickens volvió a escribir una novela sobre la bondad, la caridad y el paso del

tiempo, llena de espíritus y de duendes. Y en esa comparación salgo ganando. Como dijo el pequeño Ned:

—Los espíritus de *Canción de Navidad* son más terroríficos.

Para acortar esta melancólica parte de mi relato, diré que la Navidad del año siguiente apareció otro cuento navideño de Dickens, *El grillo del hogar*, y luego otro y otro.

Los Adams no dejaron de comprarlos. El libro más reciente solía gozar de un favor momentáneo y era muy leído durante una temporada, para acabar cediendo su puesto.

Sucedieron más cosas, claro está.

La señora Adams tuvo otro niño. Su marido vio recompensados sus esfuerzos con un aumento de sueldo, y Emma entró en una sombrerería como aprendiz. La familia pasó algunas estrecheces, pero no por eso dejó de celebrar la Navidad.

Los libros de Dickens, sin embargo, pasamos a un segundo plano. Y, cuando al año siguiente nació otra niña, fuimos a parar a un baúl del sótano. Allí coincidimos con tres o cuatro libros de los que nunca había oído hablar, como *Don Quijote* y *Las mil y una noches*. En el poco tiempo en que pude verlos, antes de que cerrasen la tapa del baúl, esos libros me parecieron completamen-

te inexpresivos e inanimados, como si en vez de estar hechos de papel y de piel estuviesen tallados en piedra.

Y es que, del mismo modo que nos sentimos revivir y nos esponjamos cuando alguien nos abre y nos lee, los libros perdemos la confianza en nosotros mismos y nos ensimismamos cuando se nos olvida, y más aún cuando dejamos de percibir el entorno y quedamos abandonados a nuestras propias fuerzas.

Después de haber pasado seis o siete años a la vista de todos, fue una experiencia terrible descubrir que había una oscuridad aún mayor y más prolongada que la de la noche. No sé cuánto duró aquello, porque también yo empecé a adormecerme y a perder la noción del tiempo.

Apenas conservaba un resto de conciencia cuando la tapa del baúl volvió a abrirse. Fuimos agrupados, envueltos en papel de estraza y atados con un cordel. Convertidos en un hermoso paquete, nos sacaron a la calle.

Durante un buen trecho solo escuché voces, relinchos y ruidos de carruajes. De pronto me llegaron unos cantos que sonaban a gloria. Algunos eran recios y melodiosos, y otros parecían una explosión de alegría. Eran pájaros, pero no podía saberlo porque iba en medio de otros libros, y además en mis páginas las

